

Teseo manda matar á su hijo con sangre fría, y le hace duros reproches antes de morir.

La mejor manera de apreciar la *Fedra* de Eurípides, en cuanto á la expresión de los afectos, es compararla con la de Racine. ¿Dónde se encuentra, por ejemplo, en Eurípides, aquella escena de Racine, la de los celos, incomparable trozo de gradación de sentimientos, conocimiento profundo de la tristeza, agonías y trasportes del alma?¹

Mad. de Staël comparando á Eurípides con Racine dice: Racine aventuró en el teatro francés un amor de la especie griega, un amor que es menester atribuir á la venganza de los dioses. Pero hasta qué grado vemos, sin embargo, en el mismo asunto la diferencia de las edades y costumbres! Eurípides hubiera podido hacer decir á Fedra:

Ce n'est plus une ardeur dans mes veines cachée;
C'est Venus tout entière à sa proie attachée.

«No es ya un ardor en mis venas oculto; es Venus toda entera en su presa cebada.»

Pero un griego no hubiera hallado nunca este verso:

«Ils ne se verront plus;—Ils s'aimeront toujours.»

«No se verán jamás—Se amarán siempre.»

Sin embargo de todo lo dicho respecto á Eurípides, creo que en *Alcestes* sí se encuentra ternura erótica cercana al idealismo; pero una excepción confirma la regla y no la destruye. Alcestes es la cónyuge fuerte y apasionada que sacrifica la propia existencia de su esposo, y sería yo tachado de parcialidad si no reconociese el lenguaje elevado del amor conyugal y maternal en el *adiós* que Alcestes moribunda dirige á su esposo. Permítaseme copiar aquí los versos en que se expresa esa despedida, valiéndome de una traducción francesa más al alcance de la mayoría de mis lectores, que el original griego:

«Cher Admète, je touche á mon heure suprême.
Voyez ce que j'ai fait pour un époux que j'aime:
Pour vous sauver le jour, je me livre à la mort
Et ma seule tendresse à voulu cet effort.

¹ Palabras de Chateaubriand en su *Genio del Cristianismo*.

Je pouvais, jeune encore et veuve couronnée,
Aspirer aux liens d'un nouvel hyménée:
Mais je n'ai pas voulu survivre à vos destins
Pour nourrir dans le deuil des enfans orphelins.
Ma vie est par mon choix éteinte à son aurore:
Vos parens à leurs fils se devaient plus encore:
Vous étiez leur seul bien: par l'age appesantis,
Ils n'avaient pas le droit d'espérer d'autre fils;
Et si votre bonheur eût fait leur seule envie,
Vous pouviez conserver votre épouse et la vie.
Mais ils vous ont ahi: les dieux l'ont ordonné;
A pleurer mon trépas vous étiez destiné.
Le ciel à mes enfans veut ravir une mère.
O vous! pour qui je meurs, écoutez ma prière.
Je ne demande pas, pour prix de mes bienfaits,
Un sacrifice égal à celui que je fais.
¿Et quel bien après tout pourrait valoir la vie?
Mais si de mon époux ma memoire est chérie,
S'il aime mes enfans, s'il se souvient de moi,
Ah! que jamais l'hymen, dementant votre foi,
Ne fasse dans mon lit entrer une autre épouse,
Qui, regnant sur mon sang en marâtre jalouse,
Accablerait bientôt sous un joug odieux
De nos premiers amours les gages précieux.
On ne connaît que trop les haines implacables,
D'un second hyménée effets inevitables,
Gardez dans ce palais d'introduire un tyran.
De mon fils, il est vrai, le péril est moins grand:
Son sexe est sa défense; il croitra près d'un père;
Mais á ma fille, ici, ¿qui tiendra lieu de mère?
Fille trop chère hélas! s'il fallait quelque jour
Qu'une femme étrangère osât, dans cette cour,
A la honte, au mépris dévouer ton enfance,
Et d'un hymen heureux te ravoir l'esperance!
Si tu dois de Lucine éprouver les travaux,
Qui sera près de toit pour adoucir tes maux,
Pour t'offrir les secours de l'amour maternelle?
Je meurs. ¡Ah! par pitié pour moi même et pour elle,
Admète, jurez moi de souscrire á mes vœux;
Joignez cette promesse á nos derniers adieux.

Il faut nous séparer: la mort, qui me menace;
N'admet point de délai, n'accorde point de grace;
Adieu, mes chers enfans! adieu, mon cher époux!
Vous que j'ai tant aimé, vivez; souvenez vous
Qu'Alcèste á cet amour appartint tout entière,
Fut la plus tendre épouse et la plus tendre mère.»

Desgraciadamente aun en *Alcestes* hay rasgos que demuestran no existir en los griegos toda aquella delicadeza que caracteriza la literatura verdaderamente espiritualista, como la disputa de Admeto con su anciano padre, tejido de invectivas groseras.

Pero sobre todo, la circunstancia que comprueba mejor los sentimientos dominantes en Eurípides, es la manera injuriosa con que continuamente trató á las mujeres en sus escritos, al grado de que mereció el nombre de *mysogene*, esto es, «enemigo de las mujeres.» Como ejemplo de los denuestos de Eurípides contra el sexo femenino, copiaré las siguientes palabras.

Hipólito dice: «Poderoso Júpiter, ¿por qué habéis permitido que aparezca debajo del sol un mal tan peligroso como la mujer?» y de este modo continúa dirigiendo una sangrienta sátira contra las mujeres y el matrimonio, que comprende cuarenta versos. En *Las suplicantes*, se dice: «La mujer nada hace por sí, deja hacer todo á los hombres.» En *Ifigenia* se encuentra esta máxima: «La vida de un solo hombre es más preciosa que la de muchas mujeres.»

No quiero concluir lo referente á Eurípides, sin copiar dos trozos que confirman plenamente lo que dije al principiar este escrito, respecto á la influencia de la religión y leyes de los griegos sobre sus costumbres.

En *Andrómaca* exclama el poeta: «¡Cómo ha de conservarse la castidad en el corazón de una doncella espartana, acostumbrada á salir de la casa materna para mezclarse con los mancebos en los ejercicios de carrera y lucha, sin más que una túnica corta y suelta!»

En la tragedia *Io* se leen estas frases: «¿Cómo no he de vituperarte, oh Apolo! ¿abandonar tú á una joven inocente después de haberla seducido, y dar muerte al niño de quien fuiste padre? ¡Oh cuán indigno es esto de tí! Si tienes de-

recho de mandar, impera por la virtud. Los dioses castigan á los hombres de corazón perverso: ¿es justo que vosotros que escribisteis las leyes que nos gobiernan seáis los violadores de las leyes? Si llegare un día en que los hombres os hiciesen pagar la pena de vuestras violencias y de vuestros culpables amores, Neptuno, Júpiter y tú, Apolo, os veríais obligados á despojar los templos para satisfacer las deudas de vuestras iniquidades. Si á vosotros os arrastran indignas pasiones ¿qué extraño es que los mortales sucumbamos á ellas? Y si imitamos vuestros vicios ¿es culpa nuestra ó de aquellos cuyo ejemplo seguimos?»

Convencidos ya de que en la tragedia no hay amor espiritual, pasiones ideales, menos debemos esperarlas de la comedia que no puede remontarse á la altura de la tragedia, que se acerca más, por su objeto, á la prosa cotidiana.

Efectivamente, y ocurriendo hasta al testimonio de Plutarco, véamos el juicio que este biógrafo formó de Aristófanes. Estas son sus palabras; «Ultraja la naturaleza y habla al populacho más bien que á los hombres honrados: su estilo es elevado hasta la hinchazón, familiar hasta la bajeza, bufón hasta la puerilidad. En Aristófanes no se puede distinguir el hijo del padre, el ciudadano del campesino, el guerrero del paisano, el dios del hombre. Su impudencia no puede soportarse sino por la canalla; su sal es amarga, acre; sus chistes consisten en retruécanos de mal gusto, equívocos groseros y alusiones licenciosas. En él la sutileza se vuelve malignidad; la sencillez simpleza; sus gracejadas son más para silbarse que para hacer reír; en una palabra, no escribe sino para lisonjear la envidia, la malignidad y la prostitución.»¹

Efectivamente, Aristófanes no respetó en sus sátiras ni á los hombres más dignos de consideración, siendo sabido que atacó á Pericles, Sófocles, Eurípides, y aun al venerable Sócrates. Con este motivo Cicerón se queja de la excesiva mordacidad de Aristófanes exclamando: «*Cuem illa non attigit? vel potius quem non vexavit? cui pepercit?*»²

El juicio de los modernos ha confirmado generalmente la opinión de Plutarco y Cicerón respecto á Aristófanes, con

¹ Plut. in Aristóf.

² In frag. Rep.

excepción del P. Brumoy,¹ y algún otro de los ciegos apasionados de la antigüedad, de aquellos que pretenden forzar todas las generaciones á que vean en los griegos y latinos modelos indeclinables, condenando la humanidad á una inmovilidad perpetua en sus conocimientos.

Véamos desde luego, qué es lo que dice el juicioso Rollin² respecto al poeta que nos ocupa: «Una soez bufonería y una grosera obscenidad oscurecen la gloria de Aristófanes si no es que la borran enteramente. Las obscenidades groseras de que están plagadas casi todas sus comedias no admiten excusa y sólo demuestran el libertinaje del poeta y de su auditorio.»

La Harpe,³ después de dar á conocer el juicio de Plutarco sobre Aristófanes, agrega: «*On ne peut nier que la lecture d'Aristophane ne justifie Plutarque dans tous les points.*»

Pierron⁴ cree que Plutarco es demasiado severo con Aristófanes, y sin embargo, no duda en escribir estas palabras: «Aristófanes se fué corrompiendo cada día más y más: sazona la comedia con obscenidades, no contribuyó, en definitiva, sino á la corrupción de las costumbres, á la destrucción de las ideas santas y al envilecimiento de los caracteres.»

Uno de los críticos más apasionados de Aristófanes, por lo que respecta á su estilo y versificación, Federico Schlegel, forma, sin embargo, el siguiente juicio:⁵ «Los griegos carecen muchas veces de la finura y delicadeza de gusto particulares á las mujeres, cuya ausencia se nota con pesar, donde debiera naturalmente hallarse, y donde se ven reemplazadas por los opuestos vicios, la aspereza y la falta de civilidad. . . . Ese envilecimiento de las mujeres produjo la inmoralidad más profunda y más contraria á la naturaleza, justo castigo de una opresión inicua. . . . Nos ha parecido conveniente decir algunas palabras sobre ese defecto general al hablar de Aristófanes, el escritor que describe del modo más claro y enérgico la decadencia de las costumbres griegas.» El mismo Schlegel es todavía más ex-

1 Theatre des grecs.

2 Op. cit.

3 Op. cit.

4 Hist. de la lit. griega.

5 Hist. de la lit. ant y mod.

plícito cuando dice: «Aristófanes es *el más material* de los antiguos poetas.»

Es tan común la opinión respecto á la vulgaridad, bajeza y obscenidad de Aristófanes, que pudiera yo confirmarla todavía con el dictamen de una multitud de historiadores, literatos, filólogos y críticos de diversas épocas, pero no haría otra cosa más que cansar al lector con repeticiones fastidiosas. Me contentaré, pues, con recordar, como muestra, una que otra escena de las comedias del cómico griego, y de citar antes la notable confesión que él mismo hizo en una de sus comedias.¹ «Que no recordaba haber presentado en ellas una mujer *enamorada*.»

He aquí de qué expresiones se vale Aristófanes en *Los caballeros* (ataque violento contra Creon) dirigiéndose al choricero Agoracrito: «Eres grosero, malo, la hez del vulgo; tienes voz de trueno, elocuencia impudente, gesto maligno, charlatanismo de mercado; creeme, posees cuanto se requiere para gobernar á Atenas.» Al viejo Demos, personificación del pueblo, le canta el coro: «Eres necio, te dejas conducir de la nariz por aduladores é intrigantes, y te quedas con la boca abierta cuando te arengan.»

En las *Nubes*, Aristófanes se burla de Sócrates suponiendo que imagina recursos para que un deudor despilfarrado no pague lo que debe, dándole lecciones de mala fe é impiedad, y queriendo probar con sofismas que hace bien su cliente en ser libertino. El poeta usa de trivialidades y charrerías como calcular el salto de una pulga de las espesas cejas de Querefonte á la frente calva de Sócrates, añadiendo: «Querefonte preguntó á Sócrates si creía que los mosquitos cantaban por la boca ó por detrás.»

He aquí cómo representa Aristófanes en otra pieza² á los jueces de su país:

«No hubo nunca animal, que más dichoso
Y más digno de envidia que un juez sea,
Ni regalado más ni más terrible.
In primis, luego que del lecho salto,
Me aguardan fuera, y en la puerta espían
Satélites, esbirros colosales,

1 Las Ranas.

2 Las *Avispas*.

Y se me acerca respetuoso y tímido
 Uno, que no sabía antes de ahora
 Si estaba yo en el mundo, y me presenta
 Su muy pulida y delicada mano,
 Suave robadora del tesoro;
 Y se arroja á mis piés, y con voz flébil
 «Piedad, me grita, oh generoso padre!
 Ten compasión de mí, si es que te acuerdas.
 De que desmemoriado un hurtecillo
 Has cometido, sin malicia, es cierto,
 Como empleado ó proveedor de tropas.»
 Yo, casi ya la cólera extinguida,
 Prometo y paso; el tribunal ocupo;
 De lo que antes juré, no hablo palabra;
 Mas, me deleito en escuchar la música
 De tantas voces que piedad imploran.
 ¡Qué ruegos! ¡Qué lisonjas! ¡Cuánto halago!
 Uno gime, otro llora, aquél sus males
 Enumera y agrava, de tal modo
 Que ante los suyos nada son los míos;
 Este recita algún moderno cuento;
 Esotro alguna fábula; y no falta
 Quien me divierta con graciosos chistes.
 Si esto no basta, acude la familia,
 Y el reo, con sus niños en la mano,
 Se me pone delante. Agudos ayes
 Suenan, y se redoblan los sollozos,
 El padre tiembla y como á un dios me pide
 Que clemente la deuda le perdone.
 Y si el balar de un corderillo aféctame,
 Del hijo oigo lo voz; y si agradable
 Me es el gruñir de un lechoncillo herido,
 El estridente acento de la hija
 Ahonda poco á poco en mis entrañas,
 Y al fin me aplaco y cedo y los perdono;
 ¿No es un poder sin límites el mío?

En la *Lisistrata*, las griegas se comprometen á guardar abstinencia de hombres: la lujuria de éstos y sus esfuerzos provocan la risa, dando lugar á pormenores como éste. Mirrina dispone cama para sí y para Cinesios; se desnuda, y

él se acuesta al lado diciendo cosas que no me atrevo á copiar aquí, como tampoco las que el coro canta después. Esa misma comedia, la *Lisistrata*, está llena de bufonadas contra el bello sexo

Igual circunstancia se nota en las *Arengadoras*, donde se burla Aristófanos de los filósofos que aconsejan la promiscuidad de esposas. Decrétase que las mujeres sean de todos; pero á fin de que esto no ceda en perjuicio de las feas y de las viejas, se acuerda que ninguno pueda poseer á las hermosas sin haber estado antes con las demás. De aquí se originan cuestiones y tumultos entre las mujeres, por disputarse á los hombres, que dejo á la consideración del prudente lector.

Ni los dioses inmortales se escaparon de los tiros de Aristófanos, como se ve, por ejemplo en las *Aves*, donde se burla de Júpiter y de todos los habitantes del Olimpo. En *Pluto* hay una escena notable de ironía contra los Dioses, zahiriendo el milagro de Esculapio.

Después de Aristófanos y de los demás poetas mencionados, sólo encontraríamos en otros el mismo fondo con más defectos en la forma, como sucede con los autores antes citados por el Sr. Ramírez que ya examiné. En consecuencia, creo ampliamente probado lo que me propuse, por el mejor de todos los procedimientos lógicos, *los hechos*, esto es, el examen de los autores mismos respecto á los cuales se discute.

Bastaría con esto para que pudiera yo dar término á mi escrito; pero en obsequio á la juventud estudiosa, quiero añadir una prueba más, y es el examen, aunque sea muy suscinto, de los principales imitadores de los griegos. Ese examen nos dará á conocer una generación sucesiva de poetas materialistas ó tibios en los afectos: su materialismo suele degenerar en licencia, y su tibieza en vulgaridad. Venus y Cupido son los númenes inspiradores, en todos los tiempos, de la poesía clásico-erótica, es decir, la mujer prostituida, ó el niño vano y superficial.